

les no son ya más que artículos de puro lujo. Un crimen trae otro crimen : el asesinato de Huaux ha producido el suicidio del tribunal de Charleville.

No es, sin embargo, una sentencia de todo punto arbitraria, porque, en fin, ¿qué es lo que el tribunal declara? Declara sencillamente que Huaux ha sido muy bien asesinado. ¿Y qué? ¿Acaso no es cierto? Las puñaladas asestadas por la mano inocente de Noemia, ¿han podido ser más seguras, más certeras ni más profundas? ¡Qué más podía pedirse á tanta debilidad, á tanta juventud y á tanta belleza!

Aquí todo es completo: Huaux que seduce, Noemia que asesina, el jurado que absuelve y el público que aplaude enternecido. ¡Dios mío! ¡y aún hay salvajes en el Congo!



## EL BANCO



## EL BANCO

I.

### LOS BILLETES.

**D**ESDE el momento que pronunciamos la palabra *Banco*, ocurre espontáneamente la idea de tomar asiento; y en las actuales circunstancias, y tratándose del Banco de España, no deja de ser lisonjera la perspectiva de tener al menos donde sentarse, porque, sea la que quiera la urgencia con que la ruinosa prosperidad en que nos encontramos nos empuje á la posesión definitiva y permanente de todos los bienes de la tierra, ello es que el Banco, demasiado grave por el peso auténtico de sus crecientes ganancias, no puede seguirnos con la loca precipitación que deseamos en el camino de la riqueza universal. Tomemos,

pues, las cosas como son, y en presencia del Banco de España detengámonos é imaginemos que ese es su nombre de guerra, su designación teatral, el nombre que, digámoslo así, lleva en el siglo, y cuyo sentido íntimo, cuyo sentido familiar, debe ser este: Banco de la paciencia.

No hay que impacientarse, porque las cosas no salen á medida de nuestro deseo, y al fin y al cabo preciso será reconocer que una suma enorme de millones de pesetas lanzada á la circulación en la frágil forma de billetes, es, sin duda alguna, un sueño de oro, pero sueño del que hay que despertar de vez en cuando. El remedio contra semejantes eventualidades consiste en cerrar los ojos y volver á dormirse, porque no hay que darle vueltas al gran edificio del Banco de España, en razón á que, ¿cómo han de subir los billetes á las alturas mercantiles del Banco, cuando precisamente están en baja? Francamente: ¿se puede obligar á tan porderoso establecimiento á que recoja lo que potodas partes se desprecia? Cuando nadie quiere los billetes del Banco, ¿ha de ser el mismo Banco el que los tome?

Y, en realidad, si en materias fiduciarias puede haber realidad alguna, ¿qué significa la depresión que los billetes del Banco experimentan? Significa que el público no las tiene todas consigo, que teme una salida de pie de banco, que no le llega la camisa al cuerpo, y pide no sé qué fabulosas cantidades de millones que se ha empeñado en creer que

son suyas. Esto es recelo, desconfianza, ultraje. ¿Y qué se pretende? Se pretende...., ¡friolera!, que el Banco, por la bella cara del público, pague á toca teja y duro sobre duro el desprecio que se hace de sus billetes. ¿Y cuándo se le quiere imponer este doble sacrificio á su dignidad y á su cartera? ¡Qué locura!.... ¡Cuando sus acciones obtienen un premio de ciento noventa y cuatro por ciento!.... Esto es inaudito.

Vosotros, simples tenedores de billetes, queréis que el Banco tire por la ventana el triplicado valor de sus acciones, para recoger de vuestras manos un papel que vosotros mismos despreciáis. «Es suyo», decís. ¡Suyo!.... Pues bien: si es suyo, ¿cómo pretendéis que lo pague? Fijémonos bien en este punto que la cuestión ofrece. Si los billetes del Banco son del Banco, no tiene el Banco por qué pagarlos; si son vuestros, ¿por qué ha de ser el Banco el que los pague?

¡Ah! Sí; seamos razonables. Esos billetes salieron del Banco en todo su valor; tendisteis ávidamente las manos para recogerlos, y tomasteis diez por diez, ciento por ciento, mil por mil; ningún descuento os impuso la generosidad del Banco al aligerar vuestros bolsillos del incómodo peso del dinero, sustituyéndolo con la comodidad de los billetes. ¿Qué sucede ahora? Sucede que en vuestras manos esos mismos billetes han ido perdiendo, primero el uno, luego el dos, después el tres por ciento; y así, ni más ni menos, con vuestras ma-

nos limpias, como si no hubiera más que llegar y besarla durmiendo, queréis que el Banco os abone ese tres por ciento que entre vuestras mismas manos han perdido los billetes. La cantidad que cada uno de ellos representa, ahí la tenéis inalterable como la palabra del Banco, impasible como el Banco mismo, cien veces y de cien maneras repetida, indeblemente grabada sobre el papel, como si se hubiera querido imprimir en ella un valor inmutable y eterno. ¿Qué os falta? ¡El tres por ciento! Pues bien: yo pregunto: ¿qué habéis hecho de la diferencia? ¿Pretendéis que pague el Banco lo que vosotros habéis perdido?

¡Vuestro dinero!... ¡Ah! ¡Vuestro dinero! Sí; el Banco viene á tener en metálico catorce millones de pesetas; en la Casa de la Moneda veintinueve ó treinta millones en barras de oro y plata, lo cual quiere decir que el Banco no se para en barras, y sólo se ha reservado la barra de hierro con que atranca la puerta para que no entren los billetes: tiene además en cartera trescientos millones. Todo esto es activo; millones continuamente ocupados en sí mismos, sin que sea posible distraerlos de su asidua tarea. Por eso, volviendo los ojos al capital pasivo, nos encontramos con ciento siete millones en billetes, que andan buscando por esos mundos tres millones de pesetas que hace dos meses pierden casi diariamente de una mano á otra.

¡Vuestro dinero! ¡Valiente cobarde es vuestro

dinero! Se esconde en el momento en que averigua que el papel pierde valor. El dinero que todo lo puede, y el papel que todo lo quiere: he ahí los dos héroes del gran poema de nuestra prosperidad. Á lo menos, el papel, cuando más valor pierde, es cuando menos se esconde.

Pero bien: ¿qué hace el Banco?  
Vamos á verlo.





II.

LAS ACCIONES.

**A**NTE todo, entendámonos: en el nuevo orden de las jerarquías humanas, lo que hay que ser ya en el mundo es Banco; pero sobre ser Banco, hay todavía más: ser Banco de España. Por de pronto, no tiene rival ni semejante, en atención á que es único; posee una naturaleza realmente privilegiada, y es inviolable. ¡ Ya se ve! la prosperidad consiste en esa feliz combinación de circunstancias que se tejen alrededor de nuestros negocios. Para una araña, por ejemplo, la prosperidad es la tela en que se envuelve, y una vez tendida la red, no tiene más que cruzarse de brazos y esperar el momento oportuno. Pues bien: al Banco le sonrío la prosperidad por todas partes; todo se lo encuentra hecho, y, claro está, no hace nada.

:

No se crea por esto que se pasa la vida mano sobre mano.

« Divide y reinarás », ha dicho la sabiduría de las naciones; y si este principio, aplicado á la política, va siendo el fin de los reyes, merced á las luchas de los partidos, ó, lo que es lo mismo, al juego de las instituciones, aplicado á los vastos negocios de la alta banca suele dar felices resultados; y he aquí que, á lo que se ve, el Banco lo aplica á dos manos, es decir, por partida doble, porque el alma de los Bancos es el *dividendo*. Así se ve que divide entre los accionistas respetables intereses, al mismo tiempo que divide entre los tenedores de billetes descuentos también respetables.

¿Qué más puede pedírsele?

Conviene no desconocer la naturaleza de las cosas para no perderse en el laberinto de esta sencillísima cuestión de toma y daca. Decir *activo*, es tanto como decir acción, y por eso el dinero, que es el capital más positivo, va naturalmente detrás de las acciones. El papel es el capital pasivo, esto es, el que padece, y por eso tiene que sufrir siempre las mutilaciones de los descuentos. Las acciones son hechos, más bien, dinero; los billetes son valores imaginarios, mejor dicho, papel. Ahora bien: diez y nueve por ciento de ganancia á las acciones, tres por ciento de descuento á los billetes. Tal es el orden equitativo que nace de la naturaleza de las cosas.

El valor de las acciones determina lo que el

Banco tiene, y la suma de los billetes representa lo que el Banco debe. Muy bien; pero entre los simples mortales, el que la hace la paga, y el privilegio del Banco consiste, por lo visto, en hacer los billetes y no pagarlos. Perfectamente: el verdadero balance resulta del movimiento acompasado y opuesto de esas dos cantidades: las acciones suben y los billetes bajan.

Y, en resumen, ¿de qué se trata? Es muy sencillo. Se trata de que el Banco recoja de la circulación doscientos millones de billetes. ¿Por qué? Porque el valor de los billetes disminuye en las manos de los tenedores. Vamos á cuentas. ¿Qué puede querer el Banco? Justo es reconocerlo: querrá disminuir su deuda hasta acabar con ella.

Pues bien: ó los números no son números, ó el descuento de los billetes disminuye la deuda del Banco; y ¿cómo se quiere que el Banco recoja por todo su valor nominal una deuda que ha empezado muy formalmente á extinguirse por sí misma en las manos de los tenedores?

Yo no sé cómo comprender el movimiento económico de nuestro siglo. No hace mucho tiempo que la desamortización era la fórmula substancial que contenía las inagotables fuentes de la riqueza pública, y cuantiosos bienes fueron inmediatamente arrancados del dominio de las manos muertas, y repartidos como se reparte el botín entre los vencedores.

Se declararon manos muertas las manos de la

Iglesia, las manos de los pueblos y las manos de los pobres: la Iglesia, los pueblos y los pobres, precisamente lo que más vive, lo que nunca morirá entre los hombres, y se vendieron los bienes de la Iglesia, los bienes de propios y los bienes de beneficencia. En el furor de las enajenaciones, llegamos hasta la enajenación mental. Tiramos textualmente la casa por la ventana, y, justo es confesarlo, ¡la desamortización hizo correr ríos de oro!

Mas las cosas son, por lo que vemos, tan inconstantes como los hombres, y á la vuelta de pocos años nos encontramos con que detrás de la desamortización que nos salvaba de la miseria, se escondía la amortización como único recurso que puede salvarnos de la ruina. Desamortizar era entonces la palabra creadora; amortizar es hoy la palabra salvadora. ¡Qué irrisión de las cosas! Apenas acaba de ser todo desamortización, cuando es preciso consagrar grandes sumas á la angustiosa tarea de amortizar. Diríase que toda aquella riqueza de la Iglesia, de los pueblos y de los pobres, que nos apropiamos á título de manos vivas, no eran nuestras, y de la noche á la mañana, al hacer el balance de nuestra prosperidad, vemos que todo se ha convertido en deuda. Aquella pingüe testamentaria de que fuimos herederos verdaderamente forzosos, ha venido á convertirse en un concurso de acreedores.

El caso en que el Banco se encuentra ante sus

billetes es el caso en que se encuentra lo que todavía nos permitimos llamar riqueza pública. Por medio de sucesivas emisiones de billetes, especie de desamortizaciones verificadas sobre las manos muertas del público, entraron en la circulación cuatrocientos millones llovidos del cielo; mas á una vuelta del dado de la fortuna, la perspectiva se desvanece y la realidad se presenta; y la realidad aquí son cuatrocientos millones en billetes que no encuentran modo de realizarse, y la palabra fúnebre, saliendo á la vez de todas las bocas de los tenedores, acomete al Banco, gritándole: amortiza, esto es, mata; más sencillamente dicho, paga.

Queremos que el Banco, que es todo salud y vida, corte la existencia de cuatrocientos millones de billetes que han nacido de sus entrañas. ¡Ah! Somos demasiado crueles. Cualquiera que sea vuestra opinión acerca del Banco, no tenéis derecho á creer que semejante ingratitude entre en el orden de sus elevadas acciones.

En verdad, sólo pretendéis que el Banco cambie, como si se tratara de un ser frívolo, inconstante, sujeto al capricho de todas las inconsecuencias. El Banco es una entidad grave, seria, formal, mesurada, que sólo se permite los menos cambios posibles.

La situación de las cosas viene á ser esta: el descuento de los billetes permanece en pie delante del Banco, y yo pregunto: ¿por qué no se sien-

ta? Así, á lo menos, podríamos decir: queda sentado.

Voy á pronunciar acerca de este asunto mi última palabra: ¿queréis un gran consejo?... Pues bien: ahí tenéis el Consejo del Banco.



CUENTA CORRIENTE